

**Diócesis del Callao**  
**Facultad de Teología “Redemptoris Mater”**

Simposio Clausura Año Jubilar  
14-16 noviembre 2017

**UNIDAD EN LA IGLESIA. COMUNION EN LA DIVERSIDAD**

**Resumen.-** 1.- Introducción; 2.- Comunión, unidad, diversidad; 3.-La Santa Madre Iglesia, misterio de unidad, señal de comunión; 4.- Comunión en la diversidad; 5.- Unidad en la Iglesia; 6.- Diversidad/pluralidad en la Iglesia. Las nuevas Comunidades eclesiales; 7.- A modo de conclusión.

**1.- Introducción**

En la Sagrada Escritura se define al hombre en relación con Dios y no con la realidad creada: ha sido creado a imagen y semejanza de Dios<sup>1</sup>. Ésta es la afirmación primera y fundamental de la *dignidad del hombre*. La *comunión* que el hombre tiene que establecer con sus semejantes encuentra su razón última en el hecho de que en la dimensión de relación con el otro es imagen y semejanza de Dios.

De esta **dignidad del hombre** se deriva la sacralidad de toda vida humana, y, por tanto, el derecho primario y fundamentalísimo de todo hombre a la existencia, que nadie sin excepciones puede lesionar, ya que brota inmediatamente del acto creativo de Dios y de su proyecto sobre el hombre.

Más allá de toda apariencia, cada uno es *inmensamente sagrado* y *merece nuestro cariño y nuestra entrega*. Para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega. No por su aspecto físico, por sus capacidades, por su lenguaje, por su mentalidad o por las satisfacciones que nos brinde, sino porque es obra de Dios, criatura suya.

---

<sup>1</sup> Gén 1,26.

En la muerte y resurrección de Cristo, Dios restituye al hombre lo que ha perdido por el pecado, la relación de comunión con Dios y con sus semejantes<sup>2</sup>.

La **unidad** es una llamada de Jesús a toda la Iglesia, expresada explícita y claramente en S. Juan: "*Padre, que todos sean uno, como tú y yo, para que el mundo crea*"<sup>3</sup>. Es la meta final de toda la humanidad, es la vida divina de amor trinitario a la cual estamos invitados los cristianos a través del encuentro con Cristo, en el seno de la comunidad eclesial. Y la comunión sería el poner de nuestra parte todas las actitudes y gestos necesarios donde Dios pueda hacerse presente y regalarnos el don de la unidad, para saber compartir con nuestros semejantes, "*sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Esta espiritualidad de comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios*", como nos recordaba S. Juan Pablo II en su Carta Apostólica "Novo Milenio Ineunte"<sup>4</sup>. Cuando hablamos de unidad y comunión estamos ante la huella de la Trinidad que se proyecta en la Iglesia convocándola a participar en un misterio de vida divina.

La **unidad es una experiencia de Dios** que reclama una profunda transformación en el hombre, una conversión y una vivencia del Espíritu. Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo<sup>5</sup>.

El **Concilio Vaticano II** nos recordó que la Iglesia era, principalmente, Pueblo de Dios. La Iglesia, ni era antes una monarquía absolutista ni ha de ser ahora una democracia popular, aunque pueda estar influida y deformada por las concepciones políticas y sociales que encuentra a su alrededor. Lo que la define no son las costumbres sociales y políticas de los contemporáneos, que suelen influir y presionar sobre ella, sino la presencia viva de Dios que habita en su seno.

El **Pueblo de Dios** viene determinado, precisamente, no tanto por el hecho de ser pueblo, sino por el hecho de SER DE DIOS. Solamente esta condición nos coloca en el lugar justo para poner cada cosa, y cada persona,

---

<sup>2</sup> G. Ghirlanda, *El derecho en la Iglesia misterio de comunión. Compendio de derecho eclesial*, Ediciones Paulinas, Madrid 1992, págs. 26 y ss.

<sup>3</sup> Jn 17,21.

<sup>4</sup> Cfr. 42-46.

<sup>5</sup> Novo Milenio Ineunte (NM) 43.

en su lugar. El pueblo de Dios no es "un pueblo más", como cualquier otro, sino que es un pueblo "consagrado" a Dios y llamado a una vocación universal que hace posible, precisamente, convocar y reunir a todos los pueblos.

Por ello, cuando decimos que **la Iglesia ha de ser casa y escuela de comunión**, no estamos hablando sólo de unos grupos humanos sociales que se reúnen y que transmiten sus propias costumbres y tradiciones religiosas, sino de algo más profundo, que es difícil de comprender para quien no lo haya experimentado por sí mismo. Dicho de otra manera: vivir **unidos y en comunión** no es simplemente "estar juntos", o reunirse por intereses o preocupaciones comunes, o una sensibilidad espiritual o porque compartimos un ideal altruista de valores humanitarios. La comunidad cristiana es fermento en medio de la masa. No importa que sean comunidades pequeñas, con escasos número de participantes. Lo que importa es que en ellas haya vida auténtica. La Iglesia ha de ser casa de comunión, ha de ser familia de Jesús. Ha de ser nuestra familia. Pero la comunión es, primariamente, comunión con Cristo, y como fruto de ello, comunión entre sus miembros.

**El cristiano lo es porque ha vivido un cambio de mentalidad.** Si no ocurre esta transformación, continuamos siendo hijos de nuestras circunstancias, de nuestra historia personal, de nuestras cualidades y defectos, de nuestros esquemas mentales. No podemos entonces decir aquello de "*Es Cristo que vive en mí...*". No sería cierto. Si no hay cambio de mentalidad no hay comunión. Que la Iglesia sea casa de comunión significa que ha de ser un lugar donde somos engendrados a una nueva familia, donde sólo hay un Padre, que es Dios mismo, y donde todos somos hermanos.

La **influencia social** es hoy muy fuerte y conduce a las personas a la dispersión, al engaño, a la confusión, a escapar de la realidad. Todos somos conscientes de que la familia en la actualidad ha perdido, en muchos casos, su papel como transmisor de la fe, por eso es necesario otros ámbitos donde ésta se pueda descubrir y acompañar. Por eso, la Iglesia ha de ser una comunidad real, con personas con nombres y apellidos, concretando aquí y hoy los signos humildes del misterio de la Encarnación. El modelo para todos, célibes y casados, será siempre el hogar de Nazaret, donde un hombre y una mujer contemplan a Jesús, que crece en edad y sabiduría<sup>6</sup>.

## **2.- Comunión, unidad, diversidad**

---

<sup>6</sup> X. Segura, *Unidad y comunión en la vida de la Iglesia*, <http://www.todosuno.org/teoraiz6.htm>

La historia del cristianismo es la historia de la variedad, dentro de la unidad. El Espíritu Santo, a lo largo de los siglos, ha promovido la encarnación del Evangelio en personas, en movimientos y en culturas muy distintas. La aceptación del Evangelio, con sus ideales y exigencias, siempre ha llevado a muchas encarnaciones cuyo efecto es tanto diversificar como unificar. El Evangelio diversifica a los hombres, sin dispersarles; los une, sin uniformarles. Una variedad siempre mayor, una unidad siempre en crecimiento: ese es el plan de Dios.

**Dios se hizo Hombre para todos los hombres.** Jesucristo alcanza a cada hombre con su gracia salvadora, para salvar a cada alma en concreto, para salvar a cada humanidad en concreto, y para congregar a todos en una variada unidad.

**Jesucristo quiso que su Iglesia fuese ricamente diversa** y, a la vez, plenamente unida. ¿Que hizo para asegurar que fuese así a lo largo de los siglos? Dio a sus discípulos un encargo evangelizador - *id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*<sup>7</sup>, - que habría de llevar a la expansión universal de su mensaje. Esto, de por sí, favorecía la diversidad. Las lenguas del día de Pentecostés ya expresaban esa variedad católica que es obra del Espíritu Santo. ¿Pero, que es lo que Cristo hizo para asegurar la unidad?

**Nos dio la norma de buscarle a El y de olvidarnos de nosotros.** Esta es una ley fundamental que debe de operar desde dentro de cada uno de nosotros y en cada comunidad.

**¿Que hizo el Señor en el nivel institucional?** Nos dio la jerarquía: el Romano Pontífice y los obispos. La "diakonía" jerárquica es un servicio carismático hacia la unidad y hacia la variedad. Por ello, la responsabilidad principal de cada obispo diocesano es defender y mantener la integridad de la fe y de los vínculos de la comunión eclesial universal<sup>8</sup>. El Obispo es principio y fundamento visible de la unidad en la Iglesia particular confiada a su ministerio pastoral, en comunión con el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro. El Papa es el garante central, el principio visible de la comunión universal de la Iglesia.

Por eso, tanto **la unidad como la comunión** reclaman amor hacia la Iglesia. Amor hacia la Santa Iglesia, porque la Iglesia - a pesar y por encima de los defectos de los hombres - es santa. Y lo es no porque nosotros seamos santos sino porque Cristo la hace santa. Si se nos ha abierto a nosotros

---

<sup>7</sup> Mt 28,19.

<sup>8</sup> LG 23; CD 15.

también la posibilidad de ser santos, es porque Jesucristo, a través de su Iglesia, nos santifica.

**Amor hacia la Iglesia.** Amor hacia la Iglesia nuestra Madre. El Señor quiere que lleguemos a ser como niños; si no, no entraremos en el Reino de los Cielos<sup>9</sup>.

**Nuestra santa Madre la Iglesia** se enfrenta, en la actualidad, con la no fácil tarea de criar a unos hijos que parecen particularmente dotados de turbulencia e indisciplina, de rebeldía. ¡Cuanto importa que nosotros pensemos menos en hacer, cada uno, "su" cosa, y mas en la vida de familia! Tenemos que vivir mas dentro de la comunión familiar, renovando nuestro sentido de familia, con la alegría de pertenecer a un único hogar lleno de lealtad y servicio y afecto mutuos. Un hogar donde hay muchos hijos y, como resultado, necesariamente tiene que haber diferencias de carácter y opiniones. Sin embargo, estas diferencias nunca deben de ser un amenaza a la unidad de la familia, es decir, de la unidad de la Iglesia; los hijos han aprendido a amar a la familia demasiado como para permitirlo y siempre que sea necesario, acuden a su Madre porque Ella, con su amor y la asistencia divina, protege a sus hijos de todos los lugares y de todos los tiempos<sup>10</sup>.

### **3.- La Santa Madre Iglesia, misterio de unidad, señal de comunión.**

Los problemas sobre los que acostumbramos a hablar hoy a propósito de la Iglesia son en su mayoría de carácter práctico. □ Olvidamos  
Sin embargo, que, para dar respuesta apropiada a estos problemas, debemos antes hacernos la pregunta fundamental: ¿qué es la Iglesia? ¿Para qué existe? ¿De dónde viene?<sup>11</sup>.

La Iglesia no es una realidad replegada sobre sí misma, sino permanentemente abierta a la dinámica misionera y ecuménica, pues ha sido enviada al mundo para comunicar y testimoniar, actualizar y extender el misterio de comunión que la constituye: a reunir a todos y a todo en Cristo<sup>12</sup>; a ser para todos “sacramento inseparable de unidad”<sup>13</sup>.

Se nos dice que la Iglesia es santa, pero la vemos llena de pecadores. Se nos dice que su misión es liberar a los hombres de las preocupaciones

---

<sup>9</sup> Mt 18,3

<sup>10</sup> *Comunión, unidad, diversidad*, www.cormacburke.or.ke.

<sup>11</sup> En las páginas siguientes se reproduce parte de la Carta Pastoral del entonces Arzobispo de Valladolid, Mons. Braulio Rodríguez Plaza, titulada *La Santa Madre Iglesia, misterio de unidad, señal de comunión, vínculo de caridad y estímulo de fortaleza*, 8 de junio de 2003.

<sup>12</sup> Mt 28,19-20; Jn 17, 21-23; LG, 9/b, 13 y 17.

<sup>13</sup> S. Cipriano, *Epist. Ad Magnum*, 6:PL 3, 1142.

terrenas, recordándoles su vocación eterna, pero la vemos continuamente ocupada en las cosas de la tierra (...). Nos aseguran que es universal, pero nos damos cuenta muchas veces de que sus miembros, por una especie de fatalidad, se repliegan tímidamente en grupos cerrados, como hacen todos los demás (...).

Sin embargo, **esa Iglesia es mi madre**. La Iglesia es mi madre, porque me ha dado la vida. Es mi madre porque no cesa de mantenerme y porque, por poco que yo me deje hacer, me hace profundizar más en la vida, porque nos da a Cristo<sup>14</sup>.

*(...). No todos sus hijos la comprenden. Unos se espantan, otros se escandalizan. Algunos, que viven poco de su Espíritu, creen que ha llegado el tiempo de introducir en todas las cosas sus propios criterios innovadores o subversivos. En medio de estas coyunturas, los que la reconocen como madre tienen que cumplir con su misión, con una paciencia humilde y activa. Porque la Iglesia lleva la esperanza del mundo»<sup>15</sup>.*

De algún modo, recuerdan estas palabras del gran teólogo francés lo que dijo **S. Juan Pablo II** en la Carta Apostólica, ya citada anteriormente, “*Al inicio de un nuevo milenio*”: la Iglesia tiene una constitución lunar, es decir, la comprensión de lo que ella es, pues le sucede lo que a la luna que recibe prestada su luz de Cristo y que pasa por diversas fases, unas veces creciendo y otras decreciendo, ya que no cesa de soportar las contradicciones y vicisitudes humanas<sup>16</sup>.

Para **comprender su propia fe**, el cristiano tiene necesidad de comprender a su Iglesia, y vivir su misterio. Tiene necesidad de conocer su estructura esencial, su naturaleza íntima. El misterio cristiano todo entero va estrechamente unido al de la Iglesia. Misterio de la Iglesia Católica universal y de la Iglesia particular o diócesis del Callao.

Ya se sabe que, **desde los orígenes**, el lenguaje cristiano aplicado a la Iglesia ha hablado de “la Iglesia” en singular, y de “las Iglesias” en plural. Pero la Iglesia de Dios es **única**: no hay más que un solo cuerpo de Cristo, un solo Pueblo de Dios, una sola Esposa del Señor, un solo redil, un solo rebaño bajo un solo pastor, no hay más que un solo nuevo Israel, pueblo santo que san Pablo designa como el «*Israel de Dios*»<sup>17</sup>.

---

<sup>14</sup> Yo he escuchado todos los reproches que se han lanzado contra mi madre: algunos días, mis oídos han quedado sordos ante el clamor de las quejas; no me atrevo a decir que carecen todas ellas de fundamento (...). En una palabra, la Iglesia es nuestra madre, porque nos da a Cristo.

<sup>15</sup> H. de Lubac, *Paradoja y misterio de la Iglesia*, Salamanca 2002, págs. 20-30.

<sup>16</sup> NM 54

<sup>17</sup> Ga 6,16

La Iglesia católica es “**universal**”. Es preciso también saber que el Concilio Vaticano II reserva el nombre de Iglesia particular a la Iglesia presidida por un obispo, y que llamamos diócesis; la importancia y naturaleza de esta Iglesia particular está también en que el obispo es el pastor propio del pueblo a él confiado, de modo que la Iglesia particular o diócesis es en sustancia todo lo que es la Iglesia universal<sup>18</sup>. La figura de la Iglesia particular, según aparece en las cartas de san Ignacio de Antioquía, presenta al obispo que preside visiblemente como el que ocupa el lugar de Cristo.

Así pues, no es que la **Iglesia universal** resulte de una suma de Iglesias particulares, o de su federación; tampoco se podría considerar a estas Iglesias como el resultado de una división de una Iglesia universal que se supusiera anterior. Todas ellas provienen de una primera Iglesia particular, concreta, la de Jerusalén, de ella brotaron «*como esquejes y por trasplante*».

**El obispo** no es primeramente el representante de toda la Iglesia, o el representante de su Iglesia particular o diócesis: él es su lazo de unión y su mediación misma. Lazo de unión o de comunión con las otras iglesias particulares, sobre todo con la Iglesia de Roma y su obispo, el Papa; y su mediación para que esa comunión sea posible, ya que es parte del Colegio Apostólico, que sucede a los Doce Apóstoles.

Todo esto nos hace comprender, como nos recuerda el **Papa Francisco**, por qué las comunidades cristianas ven en el obispo un gran don, y están llamadas a alimentar una sincera y profunda comunión con él, empezando por los presbíteros y diáconos. No hay una Iglesia sana si los fieles, los diáconos y los presbíteros no están unidos al obispo. Una Iglesia que no está unida al obispo es una Iglesia enferma. Jesús quiso la unión de todos los fieles con el obispo, también de los diáconos y presbíteros<sup>19</sup>.

#### **4.- Comunión en la diversidad**

La Iglesia es “*koinonía*”, es decir, comunión, comunidad de hermanos y de iguales llamados a la solidaridad como consecuencia de su común vocación a la fe dentro del pueblo de Dios.

Compartir todo con los demás hermanos que siguen a Cristo es la expresión práctica de la comunión eclesial: compartir la fe, el amor, la esperanza cristiana, la mesa eucarística, las opciones evangelizadoras, la acogida y el calor humano.

---

<sup>18</sup> CD 11.

<sup>19</sup> Papa Francisco, *Catequesis sobre la Santa Madre Iglesia jerárquica*, 5 de noviembre de 2014.

No siempre resulta fácil la convivencia y la comunión entre los hombres. Frecuentemente nos entendemos y soportamos mal. Nos molestamos mutuamente. No compartimos unos con otros lo que tenemos. Nos dañamos mutuamente y somos unos para otros fuente de tristeza o de enfermedad. Día a día es necesario recordar las palabras de San Pablo: "*Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo*"<sup>20</sup>.

La **comunión de los corazones** es una dimensión fundamental de la Iglesia de Jesús. La unión fraterna de los primeros cristianos queda reflejada en los **Hechos de los Apóstoles**: "*El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común*"<sup>21</sup>. Esta comunión entre ellos se realiza en primer lugar en la fracción del pan<sup>22</sup>. El sentido de la comunión era tan intenso que impulsaba a cada uno a poner sus propios bienes materiales al servicio de las necesidades de todos<sup>23</sup>, especialmente a favor de los más pobres. La comunión se manifiesta también en la ayuda material aportada a los predicadores del Evangelio<sup>24</sup>, en la colaboración prestada para la difusión de la Buena Nueva<sup>25</sup>; celebraban la Eucaristía "por las casas", uniéndola a una alegre comida en común.

Los principios que constituyen la comunión eclesial son: el Espíritu del Señor<sup>26</sup>; la **Palabra** que convoca a la comunidad en la fe<sup>27</sup>; la **Eucaristía**, que realiza la unidad y es signo de ella<sup>28</sup>; el **amor cristiano**<sup>29</sup>; la **autoridad eclesial** como servicio que mantiene la unidad visible de la Iglesia<sup>30</sup>. La comunión es una tarea permanente a la que contribuyen especialmente: el arrepentimiento de los pecados contra la unidad<sup>31</sup>, la conversión permanente de todos<sup>32</sup>, la oración constante<sup>33</sup>, el conocimiento mutuo y el diálogo<sup>34</sup>.

---

<sup>20</sup> Ef 4,32

<sup>21</sup> Hch 4,32

<sup>22</sup> Hch 2,42

<sup>23</sup> Hch 4,32; 5, 1-11

<sup>24</sup> Ga 6,6; Flp 2,25

<sup>25</sup> Flp 1,5

<sup>26</sup> Hch 2; 1 Co 12,11

<sup>27</sup> Hch 2,41

<sup>28</sup> Hch 2,42; 1 Co 10,17

<sup>29</sup> 1 Co 13, 1-7; Hch 4,32

<sup>30</sup> Mt 16,18; 18,18; Jn 21,15 ss; Hch 20,28

<sup>31</sup> UR 7

<sup>32</sup> LG 8; UR 6

<sup>33</sup> UR 8

<sup>34</sup> UR 9



**En nuestros días, hay personas o grupos que** optan por un catolicismo individualista y por libre. Hay otras que excluyen de su credo particular aquellas verdades que no están en su onda o con las que no están de acuerdo: la misa dominical, la obediencia, la oración o puntos de la moral cristiana como el divorcio y el aborto o se alejan de la Iglesia por las limitaciones de los pastores o de los fieles cristianos y las inevitables miserias humanas de una Iglesia que es santa y pecadora al mismo tiempo, porque es obra de Dios en manos humanas

Hay también otros que se centran exclusivamente en la **dimensión social del compromiso cristiano**, expresándolo mediante la lucha política, pues creen que éste es el único seguimiento auténtico del Jesús “revolucionario” del evangelio.

Decía san Agustín: “*En lo necesario, unidad; en lo dudoso, libertad; y en todo, caridad*”. Salvemos la unidad esencial, que no se confunde con la uniformidad entre cuantos conformamos la comunidad eclesial: no convirtamos en motivo de enfrentamiento e intolerancia la diversidad de mentalidades, acentos y opciones temporales que sean compatibles con el evangelio<sup>35</sup>.

Recordaba el **Papa Francisco** que “La última y “más sentida” oración de Jesús es que “**haya comunión en la Iglesia**. La comunión es esencial. El enemigo de Dios y del hombre, el diablo, no puede nada contra el Evangelio, contra la humilde fuerza de la oración y de los Sacramentos, pero puede hacer mucho mal a la Iglesia tentando nuestra humanidad. Provoca la presunción, el juicio sobre los otros, las cerrazones, las divisiones. El mismo es “el que divide”, y comienza a menudo haciéndonos creer que somos buenos, quizás mejor que los demás: así tienen el terreno listo para sembrar cizaña. Es la tentación de todas las comunidades y puede insinuarse incluso en los carismas más bellos de la Iglesia”<sup>36</sup>.

Cuando dejamos que prevalezcan nuestras ideas, nuestros sentimientos, la lógica del poder humano, y no nos dejamos instruir y guiar por la fe, por Dios, nos convertimos en piedras de tropiezo.

Una dificultad que se observa en nuestros días, es **la interrupción que comprobamos en la transmisión de la fe**. Los canales normales que llevaban el agua de la fe a las nuevas generaciones están en parte obstruidos

---

<sup>35</sup> J. Abellán Martínez, *Comunión eclesial: unidad en la diversidad*, <https://parroquiadesantaana.wordpress.com/2011/09/23/>

<sup>36</sup> Reunión del Papa Francisco con los Responsables Internacionales del Camino Neocatecumenal y con diez mil de sus miembros, 18 marzo 2016.

o rotos. La “iglesia doméstica”, la familia, es el lugar donde esta interrupción de la fe es más palpable. Los padres encuentran enormes dificultades para esa función primordial, en parte por falta de sujeto cristiano en esos padres, en parte por la acción negativa de un secularismo o nuevas formas de paganismo que impiden la anidación de la fe en sus hijos.

Pero **tampoco la parroquia transmite la fe** como antes. Se añade a esto un problema que a veces angustia: la fe no forma parte de la cultura que viven adolescentes y jóvenes. Dígase lo mismo de la escuela, pese a los enormes esfuerzos de los colegios de la Iglesia y de los profesores cristianos. Recordaba S. Juan Pablo II que la comunión eclesial, aún conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la parroquia. Ella es la última localización de la Iglesia; es, en cierto sentido, la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas<sup>37</sup>.

La parroquia es, por tanto, después de la catedral, **ámbito privilegiado para realizar la Iniciación cristiana** en todas sus facetas catequéticas y litúrgicas del nacimiento y del desarrollo de la fe. A pesar de las dificultades que a veces se presentan hoy, es necesario que la comunidad parroquial asuma con responsabilidad la tarea eclesial de la renovación y revitalización de sí misma, creando espacios de acogida y de evangelización. Las parroquias deben crecer espiritual y pastoralmente para ser, como les corresponde, puntos de referencia privilegiados para los que se acercan a la Iglesia de Cristo y quieren vivir como cristianos.

Las **parroquias tienen un papel de primer orden en al evangelización**, son la cabeza de puente. Esta es la razón por la que **Mons. José Luis del Palacio**, desde el inicio de su episcopado, se ha preocupado, aparte de la formación del clero y de la atención a los más pobres y necesitados, de visitar todas las parroquias, renovarlas y crear otras nuevas. Las parroquias son la presencia de la Iglesia sobre el terreno, entre la gente, en el tejido de la vida real de la familia y las personas. Ellas son también el centro común en el que todos se encuentran y todos pueden participar, la casa de todos los cristianos, la institución más amplia y abierta en la que los demás instituciones y los diferentes grupos pueden encontrar y fundirse en la comunidad cristiana general, edificada sobre los elementos comunes de los que todos se alimentan, anuncio de la Palabra, sacramentos, vida común y

---

<sup>37</sup> *Christifideles laici.*

servicio a los pobres. En la parroquia se vive en primer lugar lo común cristiano, por encima de diferencias.

Se observa en nuestros días una **carencia de tono evangelizador y misionero**. Ciertamente el reto está en la iniciación cristiana. En este sentido, cada vez es más necesaria la implantación del Catecumenado Bautismal para ofrecer ese itinerario, acompañamiento y anclaje en la Iglesia a los que, como adultos, piden el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía y ser así cristianos.

Es sano **acordarse de los primeros cristianos** y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una resistencia activa.<sup>38</sup> No vale decir, para justificar nuestros miedos y nuestras inseguridades, que esta época nuestra es más difícil. No es más difícil, es distinta. Lo que sí es cierto es que requiere discípulos misioneros que no vivan en el lamento permanente, que aprendan de los santos de todas las épocas que afrontaron muchas dificultades, y con sus vidas dieron respuestas coherentes, valientes y creativas a los desafíos que se les presentaron.

Otra dificultad, que está ligada a la anterior, es el intento de **reducir la religión al aspecto privado**, a la intimidad del sujeto y su eliminación del espacio público, es decir, la extensión en nuestra sociedad del laicismo. Esta dificultad es más grave de lo que pudiera parecer, pues está influyendo en la evangelización y torpedea los enormes esfuerzos que las comunidades cristianas realizan por medio de catequistas y educadores en la fe.

Como señalaba el Cardenal Albino Luciani, más tarde **Juan Pablo I**: *“En esta sociedad se ha creado un enorme vacío moral y religioso. Todos parecen espasmódicamente lanzados hacia conquistas materiales: ganar, invertir, rodearse de nuevas comodidades, pasarlo bien... Dios – que debería invadir nuestra vida – se ha convertido, en cambio, en una estrella lejanísima, a la que sólo se mira en determinados momentos. Creemos ser religiosos porque vamos a la iglesia, tratando después de llevar fuera de la iglesia una vida semejante a la de tantos otros, entretejida de pequeñas o grandes trampas, de injusticias, de ataques a la caridad, con una falta absoluta de coherencia”*.

La consecuencia de las anteriores dificultades aparece patente cuando vemos la **incapacidad de muchos cristianos para tomar decisiones definitivas en un servicio incondicional al Evangelio**, en la entrega al

---

<sup>38</sup> EG 263.

sacerdocio y a la vida religiosa, pero también en la fidelidad que el matrimonio cristiano lleva consigo como servicio a la persona y a la vida. Es el problema vocacional en sentido amplio, pues nada se puede sostener sin esa referencia necesaria a la llamada personal que Cristo me hace y a la que yo personalmente respondo.

En este entramado de temas y problemas, la Iglesia, también la **Iglesia del Callao**, está ante retos y ante deberes para con la humanidad, frente a los cuales no puede ser cobarde, y menos infiel, porque está en juego el derecho de Dios y la vida del hombre: el aborto, la eutanasia, la utilización laboral o experimental de los niños, la esclavitud sexual de la mujer, la violencia, el tráfico de drogas, la corrupción, las nuevas formas de colonización y esclavitud, física en unos casos, moral o económica en otros, etc.

Los problemas, pues, se derivan en muchas ocasiones de cómo se afrontan estas dificultades y se encuentran formas concretas para resolverlas. Necesitamos, sin duda, **oración y apertura a la gracia de Dios**, a la acción del Espíritu Santo, para que con corazón grande nos lleve, en unión con nuestro Obispo y bajo su dirección, a un trabajo más coordinado, menos personalista e individualista, y a la capacidad de ver nuevas posibilidades de trabajo en equipo y una comunión a prueba de cansancios, protagonismos y miedos.

Hay que subrayar que la **Iglesia existe entre el “misterio de Dios”**, del Dios revelado en los profetas y encarnado en Cristo que llega a cada uno de los que formamos la Iglesia por la acción del Espíritu Santo, y la “historia de los hombres”, diferente e idéntica en cada generación, en cada geografía, en cada conciencia.

A la Iglesia se le ha **anunciado su desaparición** en innumerables ocasiones. Cada revolución, cada imperio, cada dictador y cada grupo mediático deseoso de acaparar el poder político, económico o sobre las conciencias, han predicho su final. No aceptemos este planteamiento, porque la Iglesia es superior a sí misma. Dios en Cristo la fundó y la ha seguido sosteniendo no sólo con la ayuda y la gracia del Espíritu Santo, sino también con otras ayudas de naturaleza diversa.

Y así será en el futuro. La **Iglesia vive del crédito que Jesucristo** le ha otorgado al llamarle a su seguimiento y amor, pero vive sobre todo de su promesa: «*Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo*». Esta promesa abarca, pues, también a nuestro siglo, recién iniciado, aunque estemos

obligados a analizar, proyectar y construir su futuro como si todo sólo dependiera de ella.

## 5.- La unidad de la Iglesia

La Iglesia católica difundida en el mundo *«tiene una sola fe, una sola vida sacramental, una única sucesión apostólica, una común esperanza y la misma caridad»*. Unidad en la fe, en la esperanza, en la caridad, unidad en los sacramentos, en el ministerio: son como los pilares que sostienen y mantienen junto el único gran edificio de la Iglesia. Allí donde vamos, hasta en la más pequeña parroquia, en el ángulo más perdido de esta tierra, está la única Iglesia; nosotros estamos en casa, estamos en familia, estamos entre hermanos y hermanas. Y esto es un gran don de Dios. La Iglesia es una sola para todos.

Así, en este continente, **América Latina, que constituye más del 49% de los católicos del mundo, es decisiva para el futuro del cristianismo y en particular del catolicismo. La Iglesia es una y plural** o, mejor, una unidad plural que conjuga la unidad y la pluralidad sin sacrificar la una a la otra, porque no cede ante una homogeneidad abstracta ni ante una heterogeneidad irreconciliable. Albergando muchas diferencias nacionales o locales, esta región es una originalidad histórica porque se forma a partir de factores lingüísticos, geopolíticos, culturales y religiosos comunes, y también comparte sucesos pasados y realidades presentes. Esto le da cierta unidad a pesar de las divisiones nacionales y los desgarramientos sociales.

Lamentablemente vemos que en el camino de la historia, también en nuestro tiempo, **no siempre vivimos la unidad**. A veces surgen incomprendiones, conflictos, tensiones, divisiones, que la hieren, y entonces la Iglesia no tiene el rostro que deseáramos, no manifiesta la caridad, lo que quiere Dios. Somos nosotros quienes creamos laceraciones. Y si miramos las divisiones que aún existen entre los cristianos, católicos, ortodoxos, protestantes... sentimos la fatiga de hacer plenamente visible esta unidad. Dios nos dona la unidad, pero a nosotros frecuentemente nos cuesta vivirla. Es necesario buscar, construir la comunión, educar a la comunión, para superar incomprendiones y divisiones, empezando por la familia, por las realidades eclesiales, en el diálogo ecuménico también. Nuestro mundo necesita unidad, es una época en la que todos necesitamos unidad, tenemos necesidad de reconciliación, de comunión; y la Iglesia es Casa de comunión. San Pablo decía a los cristianos de Éfeso: *«Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados, con toda humildad, dulzura y magnanimidad, sobrellevándoos mutuamente*

*con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz»<sup>39</sup>.*

La *unidad* de la Iglesia es ante todo **unidad en la fe**. San Pablo lo describe así: "*Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todo, que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo*"<sup>40</sup>. Nada más opuesto al pensamiento de Jesucristo que la división entre los cristianos<sup>41</sup>. La fidelidad a Jesucristo se opone a toda tendencia cismática o herética.

Ya en sus comienzos la Iglesia tuvo clara conciencia de que la **ruptura de la unidad de la fe era un gravísimo pecado contra Dios**. Por ello abundan en el Nuevo Testamento las exhortaciones a no apartarse de la fe recibida y las advertencias contra los falsos doctores<sup>42</sup>. Esas divisiones se explican —pero no se justifican— por la debilidad y las limitaciones propias de la naturaleza humana herida, como permanece y se manifiesta también en los miembros de la Iglesia. Pero, de igual forma, tenemos la convicción, fundada en una certeza de fe y en la experiencia de la historia, de que el Espíritu Santo trabaja incansablemente en la edificación de la unidad y de la comunión, a pesar de la debilidad humana<sup>43</sup>.

Como nos recuerda el Papa Francisco, **nuestra unidad no es primariamente fruto de nuestro consenso**, o de la democracia dentro de la Iglesia, o de nuestro esfuerzo de estar de acuerdo, sino que viene del Espíritu Santo que hace la unidad en la diversidad, que siempre hace la armonía en la Iglesia. Es una unidad armónica, diversidad de culturas, de lenguas y de pensamiento. Es el Espíritu Santo el motor. Por esto es importante la oración, que es el alma de nuestro compromiso de hombres y mujeres de comunión, de unidad. La oración al Espíritu Santo, para que venga y construya la unidad en la Iglesia<sup>44</sup>.

La **ruptura de la unidad en la fe** implica ruptura con Dios, en cuya palabra se funda nuestra fe. El deseo de ser fieles a la palabra de Dios lleva consigo la voluntad firme de mantenerse en comunión con la fe de la Iglesia. Cada cristiano ha de asociar su acto de fe personal a la fe de la Iglesia entera. El "yo creo" de cada uno, para ser auténtico, ha de estar integrado en el "nosotros creemos" de toda la Iglesia.

---

<sup>39</sup> Ef 4,1-3.

<sup>40</sup> Ef 4,4-6

<sup>41</sup> Jn 17, 23

<sup>42</sup> Cfr. 1 Tm 1, 3-7; 4, 7; 6, 4.20; 2 Tm 2, 14-23; 4, 4; Tt 1, 13; 3, 9; 2 Ts 2, 15

<sup>43</sup> S. Juan Pablo II, *Audiencia general*, 5 de diciembre de 1990, n<sup>o</sup> 6.

<sup>44</sup> Papa Francisco, *Audiencia General*, 25 de septiembre de 2013.

Dejemos que Aquel que hace nuevas todas las cosas<sup>45</sup>, nos conduzca a un futuro nuevo, abierto a la esperanza que no defrauda, a un porvenir en el que las divisiones puedan superarse y los creyentes, renovados en el amor, estén plena y visiblemente unidos.

La debilidad siempre llega a la Iglesia cuando estamos divididos. Si la sal de la tierra y luz del mundo pasa necesariamente por estar unidos, por asumir en nuestra vida el deseo de Jesucristo de que para ser creíbles tenemos que permanecer unidos, viviendo en comunión, esa que no nace de acuerdos entre nosotros, sino la que surge de la fe en Jesucristo, de la adhesión a su persona, de la unidad que engendra tenerlo a Él como único Camino, única Verdad y única Vida<sup>46</sup>.

Debemos ofrecer a los fieles de Cristo, no la imagen de hombres y mujeres divididos y separados por las luchas que no sirven para construir nada, sino la de hombres adultos en la fe, capaces de encontrarse más allá de las tensiones reales gracias a la búsqueda común, sincera y desinteresada de la verdad<sup>47</sup>.

## **6.- Diversidad/pluralidad en la Iglesia. Las nuevas Comunidades eclesiales.**

En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una **cultura secularizada** que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: sois la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo». De este modo saludaba **S. Juan Pablo II** a los miles de representantes de los nuevos movimientos y comunidades eclesiales, el 30 de mayo de 1998, víspera de Pentecostés, que acudieron a la llamada del Santo Padre.

La **novedad nos da siempre un poco de miedo**, porque nos sentimos más seguros si tenemos todo bajo control, si somos nosotros los que

---

<sup>45</sup> Ap 21,5.

<sup>46</sup> C. Osoro Sierra, *Iglesia: ¡Anuncia a Jesucristo! Eres luz y sal del mundo*, Carta pastoral del Arzobispo de Madrid, 20 de agosto de 2017.

<sup>47</sup> EN 77.

construimos, programamos, planificamos nuestra vida, según nuestros esquemas, seguridades, gustos. Y esto nos sucede también con Dios. Con frecuencia lo seguimos, lo acogemos, pero hasta un cierto punto; nos resulta difícil abandonarnos a Él con total confianza, dejando que el Espíritu Santo anime, guíe nuestra vida, en todas las decisiones; tenemos miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos, nos saque de nuestros horizontes con frecuencia limitados, cerrados, egoístas, para abrirnos a los suyos.

Pero, en toda la historia de la salvación, cuando Dios se revela, aparece su novedad - Dios ofrece siempre novedad -, transforma y pide confianza total en Él: Noé, del que todos se ríen, construye un arca y se salva; Abrahán abandona su tierra, aferrado únicamente a una promesa; Moisés se enfrenta al poder del faraón y conduce al pueblo a la libertad; los Apóstoles, de temerosos y encerrados en el cenáculo, salen con valentía para anunciar el Evangelio. No es la novedad por la novedad, la búsqueda de lo nuevo para salir del aburrimiento, como sucede con frecuencia en nuestro tiempo. La novedad que Dios trae a nuestra vida es lo que verdaderamente nos realiza, lo que nos da la verdadera alegría, la verdadera serenidad, porque Dios nos ama y siempre quiere nuestro bien<sup>48</sup>.

**El Espíritu Santo, aparentemente, crea desorden en el Iglesia,** porque produce diversidad de carismas, de dones; sin embargo, bajo su acción, todo esto es una gran riqueza, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de unidad, que no significa uniformidad, sino reconducir todo a la *armonía*. En la Iglesia, la armonía la hace el Espíritu Santo. Sólo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad.

En cambio, como dice el **Papa Francisco**, “cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división; y cuando somos nosotros los que queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación. Si, por el contrario, nos dejamos guiar por el Espíritu, la riqueza, la variedad, la diversidad nunca provocan conflicto, porque Él nos impulsa a vivir la variedad en la comunión de la Iglesia”.

**“Caminar juntos en la Iglesia, guiados por los Pastores,** que tienen un especial carisma y ministerio, es signo de la acción del Espíritu Santo; la eclesialidad es una característica fundamental para los cristianos, para cada comunidad, para todo movimiento. La Iglesia es quien me trae a Cristo y me

---

<sup>48</sup> Papa Francisco, *Homilía de Pentecostés*, 19 de mayo de 2013, nº 1.



lleva a Cristo; los caminos paralelos son muy peligrosos. Cuando nos aventuramos a ir más allá de la doctrina y de la Comunidad eclesial – dice el Apóstol Juan<sup>49</sup> - y no permanecemos en ellas, no estamos unidos al Dios de Jesucristo “<sup>50</sup>.

La **variedad en la Iglesia**, que es una gran riqueza, se funde siempre en la armonía de la unidad. Y esto debe impulsar a superar siempre cualquier conflicto que hiere el cuerpo de la Iglesia. Unidos en las diferencias: éste es el camino de Jesús.

Los **teólogos antiguos** decían: el alma es una especie de barca de vela; el Espíritu Santo es el viento que sopla la vela para hacerla avanzar; la fuerza y el ímpetu del viento son los dones del Espíritu. Sin su fuerza, sin su gracia, no iríamos adelante. El Espíritu Santo...nos impulsa a abrir las puertas para salir, para anunciar y dar testimonio de la bondad del Evangelio, para comunicar el gozo de la fe, del encuentro con Cristo. El Espíritu Santo es el alma de la *misión*. Es el Espíritu Paráclito, el «Consolador», que da el valor para recorrer los caminos del mundo llevando el Evangelio. El Espíritu Santo nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anunciar la vida de Jesucristo<sup>51</sup>.

Los llamados **movimientos o nuevas comunidades** eclesiales forman parte de un florecimiento singularmente fecundo de nuevas formas de vida asociada que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia en los últimos tiempos. No ha sido un hecho humanamente planificado. Ha acontecido de manera inesperada y sobre todo espontánea. Ciertamente no es un fenómeno uniforme.

**El Espíritu Santo ha hecho brotar distintos tipos** de comunidades que han ido haciendo su propio camino, acentuando, en la unidad de la fe de la Iglesia, aspectos o perspectivas del Evangelio y de la vida como creyentes, y plasmando sus objetivos y servicios de manera particular dentro de la comunión eclesial. Esto ha generado una rica e interesante diversidad de expresiones en el Pueblo de Dios. **En este caminar no han faltado tampoco las dificultades**, algunas de ellas dolorosas. No es extraño que lo nuevo suela encontrar problemas para abrirse camino. Es recomendable tener presente que se trata de respuestas suscitadas por el Espíritu Santo en el seno del Pueblo de Dios para una misma época y ante desafíos comunes.

---

<sup>49</sup> 2 Jn 1,9.

<sup>50</sup> Papa Francisco, *Homilía de Pentecostés*, 19 de mayo de 2013, n<sup>o</sup> 2.

<sup>51</sup> *Ibidem* n<sup>o</sup> 3.

El Papa **S. Juan Pablo II** ofreció una importante iluminación en su Magisterio durante los días de Pentecostés de 1998, ya citados, sobre lo que son las estas nuevas comunidades eclesiales. Lo primero y principal que se debe destacar en lo que el Romano Pontífice enseña sobre los movimientos y comunidades es algo a la vez muy simple y esencial: son una "*propuesta de vida cristiana*"<sup>52</sup>. Lo que aportan estas nuevas realidades son nuevas maneras, nuevos estilos, de vivir la fe. Es decir, son portadores del germen de la renovación; de una renovación en continuidad, ciertamente.

En medio de los **desafíos y problemas** entre los que peregrina la Iglesia en estos tiempos el surgimiento de estas comunidades trae un **viento fresco** que despierta esperanzas y abre nuevos horizontes de servicio evangelizador. **S. Juan Pablo II** habla de una nueva primavera para la Iglesia que se insinúa en estos nuevos brotes llenos de vigor, y la vincula directamente al Concilio Vaticano II. Como afirma San Pablo: "*Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo, (...) el Señor es el mismo, (...) es el mismo Dios que obra todo en todos*"<sup>53</sup>.

Estas **nuevas realidades eclesiales**, generan "un renovado impulso misionero, que lleva a encontrarse con los hombres y mujeres de nuestra época, en las situaciones concretas en que se hallan"<sup>54</sup>. Los carismas que el Espíritu Santo derrama en su Pueblo constituyen una llamada "a vivir en plenitud, con inteligencia y creatividad, la experiencia cristiana" lo cual, señaló el Papa, "es el requisito para encontrar respuestas adecuadas a los desafíos y urgencias de los tiempos y de las circunstancias históricas siempre diversas".

En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una **cultura secularizada** que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. Estas nuevas comunidades deben mirar hacia el futuro, hacia el tercer milenio, en el que ya nos encontramos, para asumir con ardor y creatividad, con fidelidad y amor a la Iglesia, los nuevos desafíos que se están alzando en muchos casos amenazantes pero llenos de oportunidades pastorales y de posibilidades de evangelización.

En un **mundo lleno de rupturas y de conflictos**, los movimientos eclesiales pueden ser testimonio del amor reconciliador del Padre, quien en el Señor Jesús ofreció la reconciliación que restableció la comunión perdida

---

<sup>52</sup> Juan Pablo II, *Homilía en la vigilia de Pentecostés*, 25 mayo 1996.

<sup>53</sup> 1 Co 12,4-6

<sup>54</sup> Juan Pablo II, *Mensaje al Congreso mundial de los movimientos eclesiales*, 27 de mayo de 1998.

y derrumbó los muros que separaban a los pueblos. En medio de las rupturas y divisiones los movimientos están invitados a predicar la Palabra de la reconciliación<sup>55</sup>, que es el fundamento de una sociedad más justa, fraterna, solidaria y reconciliada. Como se observa en Europa y también en algunos países de Latinoamérica, incluso en sociedades tradicionalmente cristianas, se está produciendo un alejamiento de Dios y una marginación de la verdad del Señor Jesús.

En el **trasfondo se descubre una crisis** en torno a la verdad que está generando un agnosticismo funcional. Hay como un quiebre que está avanzando culturalmente y que hace difícil que las nuevas generaciones escuchen la Buena Nueva y se adhieran con generosidad a ella. Todo esto llama a un serio discernimiento por parte de la Iglesia con relación a los nuevos desafíos que la sociedad futura traerá. En esta tarea no se puede prescindir de aquello que el Espíritu Santo ha suscitado en respuesta a los tiempos actuales de cara al futuro. Observar cómo se va manifestando el Espíritu en estas nuevas realidades eclesiales y cómo los que se encuentran inmersos en ellas procuran responder a lo que creen que el Espíritu los llama, puede ser una eficaz ayuda para encontrar los caminos nuevos que permitan llevar al corazón del ser humano de este tiempo la verdad del Señor Jesús, el mismo ayer, hoy y siempre<sup>56</sup>.

Recientemente, el propio **Papa Francisco, en carta dirigida a los Obispos del Japón**, el pasado 14 de septiembre, escribía que: «Si la Iglesia nació católica (es decir universal), quiere decir que nació «en salida», que nació misionera»<sup>57</sup>. De hecho, «el amor de Cristo nos apremia»<sup>58</sup> a ofrecer la vida por el Evangelio. Tal dinamismo muere si perdemos el entusiasmo misionero. Por esto «la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás»<sup>59</sup>.

En la misma Carta, refiriéndose a los **movimientos y nuevas comunidades eclesiales**, manifiesto que “con su impulso evangelizador y de testimonio, pueden ser ayuda en el servicio pastoral y en la *missio ad gentes*. En los últimos decenios, de hecho, el Espíritu Santo ha suscitado y suscita en la Iglesia hombres y mujeres que pretenden, con su participación, vivificar el mundo en el que trabajan, y no por casualidad, involucrando sacerdotes y

---

<sup>55</sup> 2 Co 5,19

<sup>56</sup> G. Doig K., *Juan Pablo II y los movimientos eclesiales. Pentecostés 1998*, <http://www.clerus.org/clerus/dati/2004-06/25-15/catmovi>

<sup>57</sup> *Audiencia General* del 17 septiembre de 2014

<sup>58</sup> 2 Co 5,14

<sup>59</sup> Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 10.

religiosas, también ellos miembros de ese Pueblo que Dios llama a vivir plenamente la propia tarea misionera. Tales realidades contribuyen a la obra de evangelización; como obispos-concluye el Papa- estamos llamados a conocer y acompañar los carismas de los que son portadores y a hacerlos partícipes de nuestra obra en el contexto de la integración pastoral”.

Por otra parte, el **Papa Francisco**, en un encuentro con los Responsables Internacionales del **Camino Neocatecumenal** y numerosos miembros de estas Comunidades, el 6 de marzo de 2015, manifestó:

*“Vosotros habéis recibido la fuerza de dejar todo y partir hacia tierras lejanas gracias a un camino de iniciación cristiana, vivido en pequeñas comunidades, donde habéis descubierto de nuevo las inmensas riquezas de vuestro bautismo. Este es el Camino Neocatecumenal, un auténtico don de la Providencia a la Iglesia de nuestros tiempos, como ya afirmaron mis predecesores; sobre todo san Juan Pablo II cuando os dijo: «Reconozco el Camino Neocatecumenal como un itinerario de formación católica, válida para la sociedad y para los tiempos de hoy»<sup>60</sup>.*

*“El Camino se basa en esas tres dimensiones de la Iglesia que son la Palabra, la Liturgia y la Comunidad. Por ello, la escucha obediente y constante de la Palabra de Dios, la celebración eucarística en pequeñas comunidades después de las primeras Vísperas del domingo, la celebración de Laudes en familia en el día domingo con todos los hijos, y el compartir la propia fe con los demás hermanos están en el origen de tantos dones que el Señor os prodigó, así como las numerosas vocaciones al presbiterado y a la vida consagrada. Ver todo esto es un consuelo, porque confirma que el Espíritu de Dios está vivo y operante en su Iglesia, también hoy, y que responde a las necesidades del hombre moderno”.*

El **Papa** concluyó con estas palabras: *“El Camino desde hace años está realizando la “missio ad gentes” entre los no cristianos, para una “implantatio Ecclesiae”, una nueva presencia de Iglesia, allí donde la Iglesia no existe y ya no es capaz de llegar a las personas. «¡Cuánta alegría nos dais con vuestra presencia y con vuestra actividad!», os dijo el beato Papa Pablo VI en su primera audiencia con vosotros<sup>61</sup>. Yo también hago mías estas palabras –manifestó el Papa- y os aliento a seguir adelante, confiándoos a la santísima Virgen María que inspiró el Camino Neocatecumenal. Ella intercede por vosotros ante su Hijo divino”.*

---

<sup>60</sup>Carta *Ogniqua volta*, 30 de agosto de 1990.

<sup>61</sup> Pablo VI, 8 de mayo de 1974.

En otro encuentro, con numerosos miembros del Camino Neocatecumenal, que, como sabemos, no es propiamente un "movimiento" sino un «itinerario de iniciación cristiana posterior al bautismo o para recibir este sacramento», les indicó, entre otras cosas: *“Vosotros iréis al encuentro de muchas ciudades, de muchos países. A Dios no le atrae la mundanidad, al contrario, la detesta; pero ama el mundo que ha creado, y ama a sus hijos en el mundo así como son, dondequiera que vivan, incluso si están “alejados”. No será fácil para vosotros la vida en países lejanos, en otras culturas, no os será fácil. Pero es vuestra misión. Y esto lo hacéis por amor, por amor a la Madre Iglesia, a la unidad de esta madre fecunda; lo hacéis para que la Iglesias sea madre y fecunda. Mostrad a los hijos la mirada tierna del Padre y considerad un don las realidades que encontraréis; familiarizaos con las culturas, las lenguas y los usos locales, respetándolas y reconociendo las semillas de gracia que el Espíritu ya ha sembrado. Sin ceder a la tentación de trasplantar modelos adquiridos, sembrad el primer anuncio: “que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y, al mismo tiempo, lo más necesario”<sup>62</sup>. Es la buena noticia que debe siempre volver, de lo contrario la fe corre el riesgo de convertirse en una doctrina fría y sin vida. Después, evangelizar como familias, viviendo la unidad y la simplicidad, es ya un anuncio de vida, un hermoso testimonio, por el cual os agradezco mucho. Y os doy las gracias, en nombre mío, pero también en nombre de toda la Iglesia por este gesto de ir, ir hacia lo desconocido y también sufrir. Porque habrá sufrimiento, pero también la alegría de la gloria de Dios, la gloria que está en la Cruz”<sup>63</sup>.*

Cristo nos dejó dicho: *“Vosotros sois la sal de la tierra. Vosotros sois la luz del mundo”<sup>64</sup>*. Una de las tareas más necesarias y urgentes que tenemos los cristianos es volver a salar nuestra vida de fe al calor fuerte del Evangelio, en la oración y viviendo fraternalmente. El Señor nos pide también que seamos esa luz que Cristo da, que elimina todas las oscuridades de la vida de los hombres, una luz que entra en todos los rincones del ser humano, en todas las situaciones y en todos los caminos de la humanidad.

## **7.- A modo de conclusión**

**El Papa Francisco** en la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* hace esta reflexión: **“La misión... no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la**

---

<sup>62</sup> *Evangelii gaudium* 35.

<sup>63</sup> Reunión del Papa Francisco con los Responsables Internacionales del Camino Neocatecumenal y con diez mil de sus miembros, 18 de marzo de 2016.

<sup>64</sup> Mt 5, 13-15

**existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una *misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás”<sup>65</sup>.**

No estamos aislados y **no somos cristianos a título individual**, cada uno por su cuenta. Somos cristianos porque pertenecemos a la Iglesia. Es como un apellido: si el nombre es “soy cristiano”, el apellido es “pertenezco a la Iglesia”. El cristiano pertenece a un pueblo que se llama Iglesia y esta Iglesia lo hace cristiano, en el día del Bautismo, y luego durante la catequesis, etc. Pero nadie, nadie se hace cristiano solo. Si creemos, si sabemos rezar, si conocemos al Señor y podemos escuchar su Palabra, si lo sentimos cerca y lo reconocemos en los hermanos, es porque otros, antes que nosotros, han vivido la fe y luego nos la transmitieron.

**La fe la hemos recibido de nuestros padres**, de nuestros antepasados, de los catequistas, de los sacerdotes, etc. y ellos nos la enseñaron. Este camino lo podemos vivir no sólo gracias a otras personas, sino junto a otras personas.

**Jesucristo es el Evangelio de Dios**<sup>66</sup> y la alegría de los hombres. La Iglesia debe transmitir el Evangelio *sine glossa*, “el corazón del mensaje de Jesucristo”<sup>67</sup>, “el contenido esencial del Evangelio”<sup>68</sup>, *kerigma* de amor trinitario, pascual y salvífico<sup>69</sup>. El cristiano es un discípulo misionero porque, a partir del don del encuentro con Cristo, quiere conocerlo, contemplarlo, amarlo, adorarlo, seguirlo y comunicarlo a todos.

Lo más necesario es **estar disponibles para sembrar**<sup>70</sup>. Esto lo podemos hacer todos los cristianos y así identificarnos como misioneros. No miramos el éxito, solo nos ocupa que en toda la tierra caiga la semilla. El sembrador salió a sembrar. Esta es nuestra tarea. Los resultados de la siembra los da el Señor. Que la semilla caiga al borde del camino, en terreno pedregoso, entre abrojos o en tierra buena, no depende de nosotros. De nosotros depende que sembremos, que vayamos a los caminos por donde están los hombres y anunciemos el *kerigma*, el Evangelio de Cristo.

---

<sup>65</sup> EG 273

<sup>66</sup> Mc 1,1; Rm 1,3

<sup>67</sup> EG 34

<sup>68</sup> EG 265

<sup>69</sup> Papa Francisco, “El Evangelio hay que tomarlo sin calmantes. Conversación con los superiores generales”, *La Civiltà Cattolica* (Iberoamericana) 1/1 (2017) 14-25.

<sup>70</sup> Mt 13,3-23

Un autor hispano musulmán del siglo XII, dejó escrito: “*Hubo un tiempo en que yo rechazaba a mi prójimo, si su religión no era como la mía. Ahora mi corazón se ha convertido en el receptáculo de todas las formas: es pradera de las gacelas y claustro de monjes, templo de ídolos y Kaaba de peregrinos, Tablas de la Ley y Pliegos del Corán. Porque profeso la religión del Amor y donde quiera que vaya su cabalgadura, pues el Amor es mi credo y mi fe*”<sup>71</sup>.

**No se puede amar a Dios sin amar a los hermanos**, no se puede amar a Dios fuera de la Iglesia; no se puede estar en comunión con Dios sin estarlo con la Iglesia, y no podemos ser buenos cristianos sino junto a todos los que procuran seguir al Señor Jesús, como un único pueblo, un único cuerpo, y eso es la Iglesia.

El Señor nos ha legado dos madres: **la Santísima Virgen y la Iglesia**. Y es María misma, "modelo del amor maternal" que inspira la misión de la Iglesia<sup>72</sup>, quien nos acerca a nuestra Madre la Iglesia. Es designio de Dios que, dentro del calor y de la unidad familiares, nuestra buena y Santa Madre la Iglesia nos enseñe a portarnos - en nuestro trato mutuo - como verdaderos hermanos y - en nuestro trato con Dios - como verdaderos hijos, sin perder jamás de vista aquella frase de San Cipriano: "*nadie puede tener a Dios como Padre si no tiene a la Iglesia por Madre*". No amar a la Iglesia sería señal clara de haber perdido la identidad católica. A fin de cuentas, solamente los hijos desnaturalizados no aman a su madre.

La Bienaventurada Virgen María, bajo al advocación de **Nuestra Señora del Carmen de La Legua**, es modelo de la comunión eclesial en la fe, en la caridad y en la unión con Cristo<sup>73</sup>. Ella está, en medio de los Apóstoles, en el corazón mismo de la Iglesia naciente, de la Iglesia de todos los tiempos, de la Iglesia del Callao.

Con el **Papa Francisco** rezamos:

*Estrella de la nueva evangelización,  
ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,  
del servicio, de la fe ardiente y generosa,  
de la justicia y el amor a los pobres,  
para que la alegría del Evangelio*

---

<sup>71</sup> Ibn Arabí, nacido en Murcia en 1165.

<sup>72</sup> LG 65

<sup>73</sup> LG nrs. 63 y 68.

*llegue hasta los confines de la tierra  
y ninguna periferia se prive de su luz.*

*Madre del Evangelio viviente,  
manantial de alegría para los pequeños,  
ruega por nosotros.  
Amén<sup>74</sup>.*

Así sea. Muchas gracias.

Callao, 14 noviembre 2017.

---

<sup>74</sup> EG, oración final.



